

HOMILÍA II DOMINGO DE PASCUA - 2011 CICLO “A”

¡Felices Pascuas de Resurrección para todos!

¡Aleluya! Cristo ha resucitado. ¡Aleluya!
Los discípulos de Jesús experimentan su presencia y se alegran.
Cristo es la esperanza de los pueblos. También la nuestra
¡Abramos nuestros corazones a Jesucristo!.
Acojamos sus dones que tanto necesitamos.
¡Busquemos los bienes del cielo, no los de la tierra!
¡Cristo resucitado es la resurrección y la vida; el que cree en Él
aunque haya muerto vivirá”.

Felicitemos a la Virgen Santísima por el triunfo de su propio Hijo Jesús.

“Venid, pues, vosotros todos, los hombres que os halláis enfangados en el mal, recibid el perdón de vuestros pecados.

Porque yo soy vuestro perdón, soy la pascua de salvación, soy el cordero degollado por vosotros, soy vuestra agua lustral, vuestra vida, vuestra resurrección, vuestra luz, vuestra salvación y vuestro rey.

Puedo llevaros hasta la cumbre de los cielos, os resucitaré, os mostraré al Padre celestial, os haré resucitar con el poder de mi diestra”. (Homilía de M. de Sardes).

**El día 28 de Abril, DÍA INTERNACIONAL DE LA
SALUD Y SEGURIDAD EN EL TRABAJO,**

El día 1 de Mayo, fiesta de San José Obrero. DÍA INTERNACIONAL DEL TRABAJO

Estas dos fechas han de ser para todos nosotros motivo de anunciar el “Evangelio del Trabajo”, en este año en el que celebramos el XXX aniversario de la encíclica de Juan Pablo II, *Laborem Exercens*.

Quien pierde el trabajo o no lo encuentra, experimenta cómo se desestructura su vida y la de su familia. El trabajo ha de ser tratado, según la Doctrina Social de la Iglesia, como algo que forma parte del mismo ser

de la persona. Juan Pablo II, en la Encíclica “Laborem Exercens” decía: “No hay duda de que el trabajo tiene un valor ético, el cual está vinculado completa y directamente al hecho de que quien lo lleva a cabo es una persona (...) Esta verdad constituye en cierto sentido el meollo fundamental y perenne de la doctrina cristiana sobre el trabajo” (Laborem Exercens, 6)...

Manifestamos la plena vigencia de la dignidad del trabajador; de la obligada subordinación de la economía al desarrollo de la persona; y del respeto innegociable por toda persona, imagen de Dios, en cualquier escenario socioeconómico que se pueda dar. Porque “la Iglesia está vivamente comprometida en esta causa, porque la considera como su misión, su servicio, como verificación de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la “Iglesia de los pobres” (cf. “Juan Pablo II: “Laborem exercens, 10).

Le confiamos al Padre el dolor y el sufrimiento de nuestros hermanos que carecen de trabajo o tienen que trabajar en condiciones injustas, inhumanas. Traemos hoy a la Eucaristía las situaciones dolorosas de tantos trabajadores: jóvenes, adultos, emigrantes, mujeres... Y le pedimos que nos renueve a todos al celebrar nuestra fe en el Señor Resucitado y que estemos siempre dispuestos a ayudar de la mejor manera que nos sea posible a quienes no tienen trabajo.

1.- Las Lecturas

*** Libro de los Hechos de los Apóstoles 2, 42-47.** Este texto de San Lucas nos muestra la vida de la primera comunidad cristiana que es siempre referencia para todas nuestras comunidades. Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común, perseveraban en la escucha de la Palabra de Dios, en las oraciones y en la fracción del pan. No vivían replegadas sobre sí mismas, sino que manifestaban y daban testimonio de Jesucristo.

*** Salmo Responsorial 117.** Demos gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia para todos, también para nosotros, también para ti. ¡Cuánto más auténticas sean las comunidades cristianas más experimentarán que el amor del Señor es eterno!.

*** Primera Carta de San Pedro 1, 3-9.** Por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, Dios nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva. Cristo es la esperanza de los pueblos: somos hijos de la esperanza. Por eso, bendecimos sin cesar al Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo.

*** Evangelio según san Jn 20, 19-31.** Este evangelio nos habla de la doble manifestación de Jesús resucitado: la primera, la tarde de Pascua en la que Jesús da a los discípulos el don de la paz y el poder de perdonar los pecados; y la segunda, a los ocho días, en la que Jesús se dirige a Tomás mostrándole sus llagas e invitándole a la fe. Su aparición quita dudas y aumenta la fe, e incluso al discípulo no creyente

2.- Sugerencias para la Homilía

2.1.- La alegría de la fe

Creemos que este es el primer mensaje que debemos poner de relieve en este domingo: “el gozo de ser creyentes”. Creemos que Jesús es el Mesías, el Señor, el Hijo de Dios y Dios, en este sentido. Esto nos pide:

* Renovar nuestra fe. Sí, queridos amigos, hemos de reavivar nuestra propia fe para que no se desvirtúe ni se desmorone, para que no se haga rutinaria ni mera costumbre. Sabemos todos que una fe que no se forma ni se celebra, que no se vive ni se testimonia...se puede perder. Por eso todos hemos de procurar formar bien nuestra fe asistiendo a cursillos organizados por la Iglesia, leyendo libros adecuados, orando al Señor para que guarde y aumente nuestra fe. No exponamos nuestra fe a la increencia, a la frivolidad, a la burla...

* Ayudar a los que han perdido la fe. Sin ánimo de ofrecer unos datos completos sobre la situación que viven los cristianos, nos atrevemos a manifestar lo siguiente como punto de partida. No pocos cristianos han perdido la fe y se han alejado de la Iglesia y de los sacramentos. Otros cristianos “sólo practican la fe ocasionalmente”. Hay familias que están dejando de ser lugares donde los hijos hacen la experiencia de Dios y se inician en la oración, en los sacramentos y en la vida cristiana. Muchos jóvenes se han apartado de la fe y de la Iglesia. Esta es una realidad que tenemos ante nuestros ojos todos los días. ¿Qué podemos hacer? Me atrevo a sugeriros lo siguiente:

- Demos gracias a Dios por permanecer en la fe; cuidemos nuestra fe.
- Participemos en las catequesis de la Comunidad Parroquial para ayudar a niños, a adolescentes y a jóvenes en el descubrimiento, amor, seguimiento e imitación de Jesucristo.
- Participad en las catequesis familiares en las que los padres participen. Sabéis que la fe se transmite por medio de la palabra y del testimonio de vida, siempre con la ayuda de Dios.

- Los padres cristianos han de procurar que sus hogares sean escuelas de fe, lugares donde se comparta la oración y se siembren los valores del Evangelio.

2.- Vivir unidos

La experiencia de Jesucristo Resucitado lleva a los discípulos a vivir unidos, a ser solidarios unos con otros, a no vivir de espaldas unos a otros.

* Jesús nos dijo: “amaos unos a otros. En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros”.

Ayudados por la gracia divina, procuremos amarnos unos a otros de verdad como Jesús nos amó hasta dar la vida por los demás. Este amor lleva consigo e implica:

- Superar nuestro egoísmo por pequeño que sea
- Perdonar las ofensas como el Señor nos perdona a cada uno
- Abrir nuestro corazón a los demás
- Ser generosos con los necesitados

* Jesús rezó al Padre por nosotros para que estuviéramos unidos: “¡Padre, que todos sean uno como Tú, Padre y yo somos uno, a fin de que el mundo crea!”. Vivir la unidad y construirla en el mundo lleva consigo:

- Tender puentes de encuentro y de diálogo con todos
- Ofrecer nuestras manos abiertas para acoger y ayudar a los alejados
- Evitar toda violencia por ser contraria a la dignidad del ser humano
- Rechazar el odio, la venganza

Hemos de cuidar y cultivar esta unidad para que no se rompa por nuestras debilidades, flaquezas, egoísmos... ¡Vivamos como hermanos! La soledad y el individualismo nos hacen daño y no nos dejan ser felices. Pidamos al Señor que nos dé fuerzas y nos ayude para vivir en fraternidad.

Esta fraternidad nos ha de llevar a compartir con los necesitados y los pobres. No nos encerremos en nosotros mismos, en nuestros pequeños grupos porque nos empobrecemos y nos endurecemos en nuestras propias ideas, egoísmos, insolidaridades...

3.- De la Palabra a la Eucaristía

Lo que hemos proclamado y anunciado en la Palabra, lo vemos realizado en la Eucaristía. Cristo es quien nos muestra sus heridas, como a Tomás, para que creamos en Él. Cristo es el que nos da su Cuerpo y su Sangre por los que llegamos a ser una comunidad de hermanos siempre abierta a ayudar a los demás.

4.- De la Eucaristía a la Misión

El Señor nos envía como a sus discípulos al mundo:

para ser sus testigos ante todos los hermanos,
para anunciarles la buena noticia de la resurrección,
para invitarles a vivir en fraternidad,
para compartir los bienes propios con los necesitados..
para construir la paz y la concordia en las familias, pueblos...

Terminamos. Unidos en la plegaria

Cáceres. 26 de abril de 2011

Florentino Muñoz Muñoz